

SEMBLANZAS

PERMITIDME primero unas palabras..... palabras de amor a la tierra..... Hay en Vasconia grandes prestigios, figuras de alto relieve que consagraron sus vidas a muy nobles ideales. Honran a la Patria con el prestigio de sus libros, con los primores de sus lienzos, con sus músicas exquisitas y sus mármoles vivientes. Fervorosos devotos del Arte en cuyo templo ofrendan los regalos de su ingenio. Hablar de ellos es cantar un himno a Vasconia que los vió nacer..... Muchos recibieron caricias de la Fama: todos oyeron rumores de elogio. ¿Cuentan todos con la gratitud del pueblo? Sin duda, no son conocidos como deberían: tendrían forzosamente que ser queridos.

A presentarlos voy en estas «Semblanzas» que iré trazando. Labor, la mía, que otras plumas debieron realizar: pero se está haciendo esperar hace tanto tiempo, que no es cosa de dejar para honras fúnebres alabanzas que en vida debieron proclamarse.....

Mis cuartillas serán indoctas, pero tendrán cariño y entusiasmo.....

ADRIÁN DE LOYARTE

Lo he visto en su despacho, rodeado de libros: unas largas estanterías repletas de volúmenes que delatan el buen gusto literario de Loyarte. Sobre su mesa de trabajo las mejores revistas nacionales y extranjeras: unas blancas cuartillas esperan que su pluma incansable vierta sobre ellas las galanuras de su prosa; porque habéis de saber, lectores, que Loyarte conoce el léxico como pocos, maneja el idioma con rara naturalidad, que dice mucho de su familiaridad y frecuente trato con los clásicos y estilistas de nuestra lengua.

Loyarte, joven aún, tiene una charla simpática y agradable figura que, desde luego, disponen en su pro. Su conversación expresa la vehemencia de su carácter y la fe de sus convicciones. Sus palabras salen claras, elocuentes, caldeadas por el fuego de la sinceridad.

Nos habla de su pasada labor sin cansancio ni fatiga. La vocación arraigó de niño en sus adentros y le trazó la ruta que él, animoso, emprendiera. Empezó su caminar y escribió unas escenas vascas tal como sus ojos juveniles las vieran: «Pinceladas de Vasconia», su primera obra, cayó en el mercado literario y la crítica tomó en consideración esas páginas anunciadoras de venideras esperanzas. Siguió la senda y en un alto reparador dejó sus «Ideas de nuestro tiempo», colección de admirables conferencias pronunciadas, sobre temas de actualidad, ante públicos bien diversos, entre los que figuraban las aristocracias del talento y la política. Vuelta a seguir la marcha decidido, infatigable. Y en su camino cruzaba con gentes indoctas en cuyos corazones anidaba más que la justicia, la envidia.

Pero cuando en el corazón se tiene la fe y en la voluntad brilla la fortaleza, nada ni nadie cambia nuestros pasos. Así Loyarte no oía más que la voz interior, que guiándole en sus andanzas, había de llevarle a seguro refugio. Y ahora, en el retiro de su estudio no hay más que las gratas armonías del elogio. Se apagaron las hablillas dichas en voz baja como temerosas de su cobardía..... Después del triunfo rotundo, definitivo, alcanzado con «Donostiaras del siglo XIX», aun los que antes le negaran la caridad de un comentario le hacen la merced de felicitarle «sinceramente». ¿No será que, convencidos de los aplausos de *manos autorizadas* habrán comprendido, de oídas, los méritos del insigne publicista? Si los arañazos mataran al literato discutido, ¡cuántos que hoy gozan de la gloria hubieran sucumbido a los zarpazos nada piadosos de las gentes! Pero, si como a Loyarte, sirven de acicate, y si como él consigue imponerse con sus méritos y prestigios, reconocidos por autoridades consagradas, entonces todos se unen al coro general de alabanzas aunque no hayan leído una línea de las muchas escritas por el literato. Es la condición humana.....

Ha sido preciso que la alta crítica, desde Azorín a Cristóbal de Castro, pasando por Fabián Vidal y teniendo muy en cuenta a Unamuno, Juderías, Vicente Almela, Jerónimo Becker, Vicente Ferraz..... ha sido preciso y necesario que la Academia de la Historia con su informe consolador, ensalcen, como se merece, la personalidad literaria de nues-

tro paisano, para que todas las manos aplaudieran a coro a Loyarte.

«Donostiarras del siglo XIX» ha merecido los más halagadores comentarios de la prensa: su autor los ha ganado en buena lid. En esas bellas páginas laten la vida donostiarra del siglo pasado y, simultáneamente, trozos gloriosos de la Historia de España. En su último libro Loyarte nos ofrece las esencias más puras de los hombres representativos de nuestra raza: reviven en sus páginas el pensamiento y las energías de los espíritus selectos que engrandecieron nuestra tierra: son sus vidas rasgos característicos de todo un pueblo, rasgos típicos de la actuación de una raza. Y en su libro, en fin, Loyarte ha dibujado los cuerpos—Manterola, José y Vicente; Vinuesa, Lersundi, Arzác, Echagüe, Minteguiaga, Santesteban, Aguirre-Miramón, Urbiztondo, Blanco—y ha sabido infundirles el alma «su misma alma», completando su labor con singular maestría. Ya lo ha dicho Fabián Vidal: «Loyarte ha adentrado en sus almas y con primorosa intuición ha adivinado sus psicologías al través de sus hechos».

La escena está vista con admirable justeza y propiedad: la perspicacia del literato y el arte del historiador dan la visión, olvidada ya, de nuestra vieja España y nuestra vieja Vasconia.....

Adrián de Loyarte, sin maestros, se ha hecho a sí mismo: sin ayudas, ha llegado arriba: este es el mayor mérito suyo. Mira desde la altura el camino recorrido, marcado con las huellas brías de sus libros. Pero no se detiene. Torna su vista a la ruta que ante él se extiende y hacia ella marcha animoso, sonriente, sin cansancio ni fatiga. Lo andado es el ayer: lo que resta es el mañana. Va tegiendo su nueva obra que nacerá, probablemente, antes que el segundo tomo de «Donostiarras del siglo XIX». Y, entretanto, aun le queda tiempo para regalarmos con multitud de artículos, flores lozanas que lucen sus encantos en revistas y periódicos; algunas de fragancia tan exquisita como esas primorosas narraciones, plenas de colorido, que, con el título de «Historia y Tradición», nos hablan del San Sebastián de antaño: admirable resurrección de las viejas costumbres donostiarras, muestra gallarda del amor que Loyarte profesa a su tierra y a su glorioso pasado.

Que para Adrián de Loyarte no existe ese gesto tan corriente y cómodo que consiste en cruzarse de brazos, viendo cómo las horas pasan raudas mientras la vida corre tranquila y agradable.....